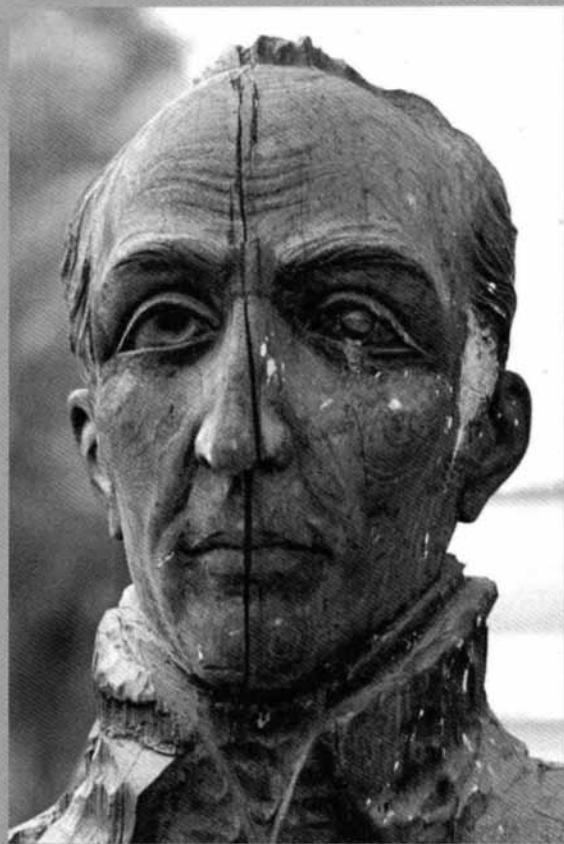


ARTES & LETRAS

Poemas de RÓMULO BUSTOS

Cuentos de NICOLÁS SUESCÚN, ANTONIO UNGAR y ROBERTO BURGOS CANTOR

Fotografías de JORGE MARIO MÚNERA con texto de FELIPE AGUDELO TENORIO



PORTRAITS OF AN INVISIBLE COUNTRY

THE PHOTOGRAPHS OF JORGE MARIO MÚNERA

Portada del libro de JMM publicado en Harvard 2010.

Poemas • Cuentos • Fotografías

Director: SANTIAGO MUTIS

Juan Manuel Roca, Carmen Escobar, Santiago Espinosa, Natalia Robledo, Carlos E. Naranjo Q.



"Café Real", Guaduas 1977

RÓMULO BUSTOS

Rómulo Bustos nació en Santa Catalina, cercanías de Cartagena, en 1954. Su primer libro se publicó en 1988, *El oscuro sello de Dios*, y en el 2004 reunió su poesía, *Oración del impuro* (Universidad Nacional).

Rómulo Bustos narra claramente y con pulcritud lo que esencialmente llevará al filo del poema. Asoma y ata vértigos, vuelos, lo más real y remoto... a lo más cotidiano, sin exclamaciones, apenas con el debido asombro, la serena perplejidad que todo reclama, si somos lo suficientemente atentos a cuanto nos rodea, que, aunque bien lo disimula, está habitado de abismo, como el mismo poema, que ante semejante hallazgo, simula tranquilidad.

Los poemas escogidos forman parte de su antología personal, publicada por el municipio de El Líbano en su colección "Doble Fondo", que realiza una antología de la poesía latinoamericana al mismo tiempo que una antología de la poesía colombiana viva, con tres tomos ya publicados.



S.M.D

MANTARRAYA

Por algún divertido arreglo

los dos muchachos han dividido en dos la mantarraya
como si fuera una hoja de papel

Y ahora cada uno lleva su parte colgando de la mano

Ya nada queda de la gracia que el animal exhibe en los acuarios
Ondeando, sumergiéndose, elevándose en el agua
todo su cuerpo como dos extrañas alas

Mientras la ofrecen a lo largo de la playa los dos muchachos
aseguran que con ella se prepara un excelente y vigorizante cocido

Las dos partes siguen vivas

A veces una de ellas levemente se estremece y aletea
como si una parte reclamara la otra

O como si conservara alguna oscura memoria de su vuelo

MIRANDO UNA ESTAMPA DE SANTA LUCÍA EN UN TEXTO HAGIOGRÁFICO

Los ojos, siguiendo la tradicional iconografía
reposan sobre un plato, como dos peces muertos
Ojos grandes y soñadores
Me digo imaginando las cuencas vacías

Tan grandes que por ellos debió caber el mundo, toda la carne y sus demonios
me sopla al oído mi fiel demonio de cabecera
Yo lo espanto y él se va con el rabo entre las piernas
al fondo de la habitación que compartimos

Patrona de las modistillas y de los sastres, reza al pie de la estampa

Y acaso de los voyeristas, comenta mi demonio de cabecera
Y arrecia el ataque
acudiendo a una cita apócrifa de san Isidoro
y añadiendo no sé qué gracias y desgracias de cierto
ojo divulgadas por Quevedo
Y para que no queden dudas de qué está hablando
rubrica todo esto con una sonora ventosidad

Los dos peces muertos no se dan por aludidos

Yo finjo ignorarlo y paso juiciosamente a otra página del libro
Pero él sabe que ha hecho bien su trabajo, y sonrío
mientras lame su pelaje

SACRIFICIAL

El carnicero se va en lenguas
hablando de las bondades de cada una de las carnes del animal.
Casi saborea las palabras
El cliente señala difuso un punto en el dibujo que se exhibe en la pared
donde sabiamente aparece seccionada la res en sus diferentes partes
para golosa guía del comiente
Sin duda el comido no ha sido consultado sobre la publicidad
de sus vísceras

Ah, el comiente
Con sus pulcros caninos, sus radiantes incisivos y sus 356 molares

Pero hay algo de torva beatitud en la demora con que, a veces, el carnicero
rasga una entretela, contempla al trasluz y retira delicadamente
un trozo de pellejo

Quizás, en esos instantes, alguien dentro de él ensueña:
un día cualquiera
un distraído arcángel, confundido en el tiempo, vendrá y me relevará
de este sucio mandil, detendrá mi mano en el aire de la mañana y dirá
fulgurante: basta, ya tu fe ha sido probada
El cliente, recostado en el mostrador, lo mira con expectante fulgor
Y el ensoñador quisiera indagar ¿acaso eres tú mi liberador?
pero dice oferente: ¿palomilla o punta de nalga?

Ahora, el carnicero tararea indolente mientras pule sus enormes cuchillos

a Juan Calzadilla



"Hijo de Guadalupe Salcedo con retrato de su padre", Casanare 1995



"Bodeguero", Buenaventura 1984



"Esperanza", Bogotá 2000

TRES CUENTOS

NICOLÁS SUESCÚN*

MI PADRE ERA AZUL

Mi padre era azul. Alcalde del pueblo. Un día llegó un grupo de forajidos que había sembrado el pánico en la región. Sobre caballos sudorosos y hambrientos. En la plaza levantaron enormes columnas de polvo. Mi padre salió a su encuentro.

Ellos le hablaron primero: «¿Usted es azul, o rojo?» «Soy el alcalde», dijo él. «Eso no fue lo que le preguntamos. Lo que queremos saber es si usted es nuestro amigo o nuestro enemigo». «Podemos pactar. Yo les puedo hacer algún servicio». «Nosotros no necesitamos ayuda. Le hemos hecho una pregunta. Contésta o dése por muerto».

«Soy rojo», dijo él por fin, y ellos lo acribillaron. «Para que aprenda, rojo de mierda». Y como no murió inmediatamente lo desnudaron, lo ataron a un árbol y le cortaron el sexo con un machete. Él decía: «No, no, es un error, soy azul, azul». «Ahora se nos volteó», dijeron ellos. «De todos modos lo hubiéramos quemado. No nos gustan los alcaldes».

Yo, años más tarde, me uní a ellos para vengar su muerte. No me gusta matar ancianos. Prefiero las mujeres y los niños.

*Del libro *El extraño y otros cuentos*, publicado en Bogotá en 1980.

ANTONIO UNGAR**

UN CIRCO LLAMADO OSKAR

(Una de las ciudades llamadas Bogotá)

En el Circo Oskar los actores se la pasan todo el día andando de un lado para otro, llorando como animales. Sin saber por qué. Dándose contra las paredes. Abriendo y tapando huecos. Hablando solos.

Mirando el piso.

Riéndose sin motivo, a veces.

El circo no volvió a abrir nunca su carpa rota, pero los actores, viejos, no extrañan el mundo. Ya casi no saben que existe.

Así es el Circo Oskar.

Al final de ciertas tardes largas, alguno se detiene cansado. Desde los huecos de la carpa raída mira la lluvia, mira las montañas lejanas, mira la sabana fría.

Espera.

Pero la mayor parte del tiempo todos caminan, se consumen, callan. Cuando amanece, entre la mierda del basurero que rodea el circo, se levantan desconcertados. En un rincón comen algo, de pie. Caminan.

Evitan tocar el cuerpo anguloso de otro, mirar ojos húmedos en la oscuridad conocida.

A veces se siente más el ardor en los ojos, el frío en los pies. Sin saber por qué

alguno saca un puñal que encuentra en un bolsillo, y mata a otro con lástima breve.

En el Circo Oskar las mujeres están siempre sentadas, esperando. Hablan solas. A veces recogen un muerto, lo llevan al fogón, le hablan un rato, lo cocinan en silencio.

Pero el circo es pobre, también, y cuando las mujeres no cocinan muertos, cocinan ratas.

Y los hombres siempre tienen un poco de frío en los codos, un poco de vergüenza, lagañas en los ojos. Hambre.

Y aunque la tarde se consuma despacio allá, al otro lado de la carpa raída, aunque las costillas duelan en las noches, aunque llueva siempre, nunca ninguno se pregunta qué hace ahí.

En ese circo de mierda.

Sólo caminan.

A veces ríen, y matan.

** Del libro *Trece circos comunes*, publicado en Bogotá en 2000, incluido en la antología de Peter Schultze-Kraft: *La horrible noche – Relatos de violencia y guerra en Colombia*. Bogotá 2001.

ROBERTO BURGOS CANTOR

De *LO AMADOR****

LA PARED: No es lisa. Y el viento, la lluvia y los golpes de los que juegan con el bate y bolas de trapo en la calle han roto la mezcla de cemento y los blocks. Durante el verano con letras pintadas por una brocha o por trozos de carbón de leña se lee:

ABAJO LA DICTADURA

CAMILO VAMOS BIEN

NO VOTE

ARACELY ES LA REINA

AQUÍ ESTAMOS DONDE ES

Nadie pregunta que cuál dictadura.

Todos conocen a Camilo.

Cada vez que hay elecciones los muertos apartan la tierra, los gusanos, el olvido y con una flor podrida y una cédula mohosa caminan a votar.

Y la reina escondida en los corazones con un nombre falso y después atravesar el mar y abandonar Castilla sin alhajas.

En las escuelas se sigue repitiendo: la pared y la muralla son el papel de la canalla.

***Serie de cuentos publicada por el Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá 1980.

FELIPE AGUDELO TENORIO
JORGE MARIO MÚNERA
*Grano fino**

A Adriana

[...]

Me refiero a que Jorge Mario me ha ayudado a ver, literalmente. A punta de frecuentarlos y quererlos [a los amigos] —siempre insistiré en las malas compañías— aprendí que los fotógrafos lo son por su capacidad de tener y cultivar una mirada, una que a los demás se nos dificulta desarrollar o nos ha sido negada. Y que eso se demuestra más allá del marco fotográfico. Trasluce en el vivir mismo.

Jorge Mario es perfectamente capaz de retarme, al filo de las cuatro de la mañana, a un peligroso combate de espadas japonesas de madera —en las que es diestro y me lleva ventaja, pues yo practico la esgrima clásica occidental— a través de los largos y estrechos pasillos de su apartamento, después de haberme agasajado con una cena preparada enteramente por él, a la cual le ha dedicado varios días de trabajo, investigando las recetas incluso, y luego de haberla rociado con cantidades imprudentes de algún licor nada corriente, que él ha conseguido con tino y dedicación, y tras discutir frase a frase —como quien dijera round a round— sobre algún tema que hemos tocado sin aviso, pues él, sin darme un tris de rienda, persigue hasta lograr que yo entienda y acepte la vuelta, la otra mirada, que él ha querido darle al punto ciego de la conversación (es decir: el que yo no había visto) y encima de eso, una vez satisfecho, lanza su reto, no sin antes propinarme una tanda de sus poemas preferidos, que puestos allí, en las postrimerías de la discusión, se vuelven citas pertinentes e ineludibles, que me obligarán a mí a releerlos, cual es el propósito evidente de su declamación, puesto que Jorge es uno

de los más voraces y completos lectores que conozco. Aunque todo esto que he narrado no explica, lo sé, cómo es que logra que yo me levante, agarre la espada y trate de partirle la cabeza, durante media hora, antes de que él haga lo mismo con la mía. Vencidos, sólo porque la edad ya no estimula tales gimnasias, o retirados por algún mal golpe del que mañana uno de nosotros habrá de lamentarse, regresamos a la mesa, rellenamos las copas y cambiamos de tema o entramos en complejas confidencias; vale decir, en esos espacios despojados de máscara, habitados por todo y todos los que amamos de común, aunque eso ocurra más por culpa de las dañinas cuotas del oxígeno respirado que por los estropicios hidratantes del alcohol.

Esa breve estampa nocturna, esa huella en mi memoria, abre la puerta para decir que aunque la fotografía es la vida de Jorge, esta no lo alcanza a abarcar todo, pues él bien sabe que no sólo se mira con los ojos: se mira con todo lo que un hombre tiene. Es la vida completa de un hombre la que hace las cosas. A nadie le regalan la mirada, esta es un estilo, un modo único y, por tanto, es algo que se conquista. Y sólo ése que la obtiene puede dar.

Jorge Mario le ha dedicado, sin desfallecer, sus últimos treinta años a hacer una obra fotográfica centrada en esa Colombia que tanto nos duele. Él, que fue de los que cuando muchos de nuestra generación partimos hacia destinos lejanos, para salvarnos del país, decidí quedarse a mirarlo, a recorrerlo, a conocerlo, para atestiguar los ríos invisibles y hacer presencia ante la dignidad de los muy adoloridos; aceptando a la vez su vocación secreta de ser una especie de anti Ulises, o quizás porque confiaba en seducir a la tristísima Penélope,

lo cual es posible que haya logrado aunque aúñ el mito no lo cuente.

Ese camino de arduo recorrido, de extremo a extremo y de ahí a lo profundo, hecho con sus propias fuerzas más que con ayudas, lo ha vuelto una de las personas que más conoce nuestro territorio, nuestra gente, nuestra naturaleza, sus ríos, sus orquídeas y sus fronteras. Sus mapas son de tierra. Él ha mirado lo que han padecido nuestras selvas, cordilleras y desiertos. También lo que pasa en el corazón de las ciudades y la industria. A él le gustan los viajes. Lo atrae lo remoto y lo oculto. Es difícil nombrarle un lugar de Colombia donde no haya estado, al que no haya ido a fotografiar, a vivir de cerca para traernos algo. Algo para ser conservado e impedir que lo declaren inexistente.

Porque lo suyo ha sido un programa estético y político personal de resistencia. Un negarse a aceptar lo que llama la mirada del Gran Ojo del Poder. Esa lepra de la visión que elige con cuidado lo que excluye y que en su búsqueda de una forma deforma la idea que tenemos de nuestro país. Esa mirada violenta que niega comunidades enteras, seres humanos, experiencias, costumbres, tramos del tiempo. Todo eso que el poder intenta hacer desaparecer, invisibilizándolo para hacerlo pasar por inexistente y así intentar borrarlo —como hacen esas hordas malditas que desplazan poblaciones enteras, no sin antes diezmarlas con todas las violencias posibles— ha recibido atención de su parte. Esa Colombia que han querido desaparecer y borrar, tal como se limpian los rastros en la escena de un crimen, es justo la que se niega a desvanecerse en todos sus trabajos.

Ha expuesto muchísimas veces. Su obra se ha publicado en diversas partes. Ha sido reconocido, premiado e invitado a trabajar y a mostrar su obra fuera del país. Pero, como suele ocurrir, aquí no se lo conoce como es debido, quizás porque su discurso no sólo

dista de cualquier complacencia sino que contradice la imagen oficial que se impulsa.

Yo, que he tenido la suerte de acceder a sus archivos, de enfrentarme a sus magníficos retratos y de interrogar sus impresionantes documentales, sé que allí he visto una Colombia a la que no me hubiera podido acercar sin él. Y no sólo porque hay allí, guardadas y esperando, miles de cosas que hoy ya no son o pronto no serán, sino porque yo no hubiera sido capaz de verlas tal como él las presenta. Y se trata de una obra vasta, maestra, que ni siquiera yo he visto por completo. Y que de conjunto es, quizás, una especie de gran diario de viajes por el país, realizados a lo largo de las tres últimas décadas, la prueba de una búsqueda y de un encuentro con lo más humano. Es decir, un documento importantísimo de nosotros mismos, un panorama amplio que registra de manera central lo más excluido del mundo popular —en su dolor, belleza y dignidad—, un esfuerzo consciente y sistemático por quebrar esa mirada en la que no sólo nos quieren obligar a reconocernos sino a olvidarnos, para perpetuar los motivos específicos de nuestra violencia y los procedimientos de todas nuestras miserias.

La enorme belleza, la humanidad, la elocuencia y la seriedad de la obra de Múnera, no sólo lo salva a él sino que constituye —en momentos en los que tantos creadores solapan su complicidad con la mentira y el crimen entre lo banal y la nada— un ejemplo difícil y necesario. Una obra viva, que está en plena marcha, que promete nuevos desarrollos, a la que debemos ir y regresar.

Bogotá, mayo 12 de 2009

*Fragmento final tomado de *El libro de las Celebraciones*, tomo II, cuarenta autores. Asociación Lengua Franca, Bogotá, 2009.



“Hito Tripartito”, Cucuy 1990